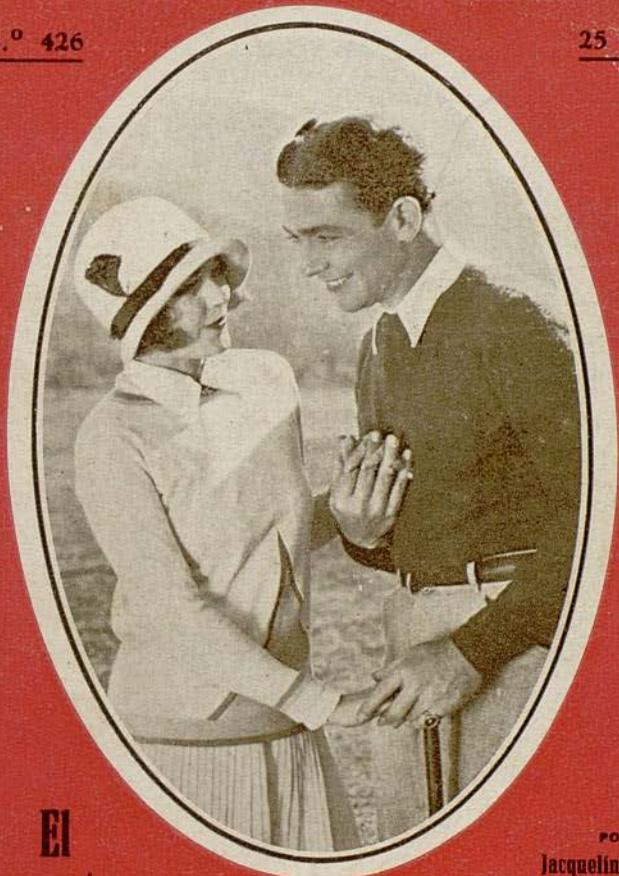


EB

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 426

25 CTS.



**El  
impostor**

FOR  
Jacqueline Logan  
Warner Grand  
etc.

**Filmoteca**  
de Catalunya

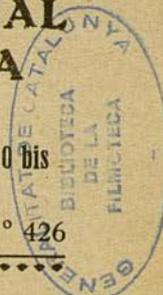
ROSEN, Phil

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis  
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 426



## El impostor

(THE FAKER, 1929)

Interes nte asunto mod rno

Interpret do por

JACQUELINE LOGAN, WARNER OLAND,  
GASTON GLASS y CHARLES DELANY



**Producción Columbia**

Distribuida por

**Príncipe Films, Sdad. Ltda.**

Aragón, 249, Barcelona-Aldamar, 7 y 9, S. Sebastián

Con esta novela se regala la postal fotografia de

HELEN TWELVETREES



## El impostor

*Argumento de la película*

El aristocrático campo de deportes de Crotona veíase constantemente concurrido por la juventud de ambos sexos que gustaba de jugar al golt, o sea, de "golfear".

Rita Martín, espléndida jovencita que había llegado a la estación veraniega a principios del mes que se hallaba en sus postrimerías, llamó poderosamente la atención a los jóvenes con el "Libre" levantado, así como a no pocos "alquilados"; pero, en particular, muy en particular, a Bob, un simpático ingeniero químico que, recién salido de la Universidad, se tomaba unas largas vacaciones antes de lanzarse de lleno, para crearse un brillante porvenir, a la vida de trabajo.

Rita se complacía en jugar con Bob, y, cierta mañana, aprovechando la ocasión de enseñarle cómo debía pegarle a la pelota

para mayor eficacia del tiro, apresó las manos de ella entre las suyas y las acarició suavemente, mirándola en el fondo de los ojos.

Dos muchachos encargados de llevar los bastones, vieron el "juego" de la pareja y lo parodiaron, cogiéndose mutuamente las manos y diciendo el uno al otro:

—¡Angelito mío, tus manos de nieve me transmiten una corriente eléctrica que cambia de sitio mi corazón!

La pareja amorosa parecía haberse trasladado al Limbo, por lo que el mismo muchacho, para que se riesen todos los que le oyeran, gritó:

—¿Sí... o no?

Bob comprendió la intención, y sonriendo con Rita, dijo a ésta, apasionadamente:

—No había disfrutado nunca de unas vacaciones tan felices como las de este año... gracias a usted, Rita.

La bella jovencita le envolvió en una cariñosa mirada, y Bob, estimulado por esta prueba de afecto, añadió, lleno de ilusión:

—Debo ausentarme por unos días mañana... pero mi pensamiento no se apartará de usted, y confío volverla a ver a mi regreso.

Rita dibujó un delicioso mohín en sus rojos labios, y repuso:

—Su compañía me será muy grata... si aun estoy aquí, Bob.

—¿Tan corta habría sido su estancia aquí?

—Todo depende de las indicaciones que reciba de papá, que lucha noche y día en la ciudad para que yo lo tenga todo.

No lejos de donde platicaban Rita y Bob se hallaban varios veraneantes de ambos sexos, tomando un refresco entre dimes y di-retes. El chismorrear es un mal común, por lo que los chismosos eran de uno y otro sexo.

Una dama, señalando a Rita y Bob, que se acercaban a la mesa donde se murmuraba, dijo a los demás:

—Como el César, Rita Martín “vino, vió y venció”. Y el vencido es el mejor partido de la temporada.

—No conozco a la familia de Rita—opinó otra señora—, pero parece una muchacha encantadora.

—Lo parece y lo es—aseguró un buen señor.

Rita y Bob se reunían en aquellos momentos con los chismosos, quienes, tras los saludos de rúbrica, les dijeron, volviendo a la conversación anterior:

—Estábamos hablando de Hadrian, el médium espiritista. ¡Es sencillamente maravilloso!

Bob opinó, con su habitual franqueza:

—¡Paparruchas! Yo no creo en esas comunicaciones ultraterrenas.

—¿De modo que, ni por curiosidad, asistirá usted, con nosotros, a la sesión espi-

ritista de esta noche?—le preguntó una de las damas.

—Así es, señora...

A Rita pareció satisfacerle el comentario de Bob acerca del espiritismo, y dijo por su parte:

—Si he de ser a ustedes franca, yo tampoco creo en eso... ni me inspiran mucha confianza los médiums.

Por lo tanto, ni Rita ni Bob asistirían a la sesión de aquella noche, no habiéndolo hecho a ninguna.

Pero, en lo que atañía a Rita...

Oigámosla, un poco después, hablando con Hadrian, el médium en cuestión:

—Esos ingenuos de la otra noche, volverán hoy. Creen a pies juntillas que eres un ser extraordinario, que lo mismo te tuteas con Napoleón, que le dices a tu suegra por qué no se murió diez años antes.

—¡Eso es lo que conviene, Rita!

—Prepárate bien para esta noche...

—¿Sabes algo interesante?

—Sí... dile al señor Wilson que sabes que ha recibido una carta de su banquero.

—¡Magnífico! Eres un elemento insustituible para mí. Con los datos que me traes, siempre, mis sesiones han de obtener forzosamente gran éxito.

—Aprovecho el tiempo. Eso es todo... En fin, fuera alabanzas, y al grano... Anota también que la señora de Howard se ha

despedido hoy de su "buen amigo", porque su marido regresa mañana.

—¡Eres terrible, Rita!

—Y, finalmente, la señora de Davis ha perdido una fuerte suma jugando al "bridge".

Hadrian tomó nota de todo eso, para tenerlo en cuenta durante la sesión de aquella noche, y cuando hubo terminado, dijo a Rita, interesándole mucho retener a ésta a su lado e impedir que nadie se la llevase:

—Variando el tema, ¿qué intenciones tienes con Bob Williams, que tanto parece interesarse por ti?

—Eso es cuenta mía, Hadrian...

—Cuenta tuya es, desde luego; pero, escucha un consejo... No cometas la necedad de enamorarte. A mi lado, libre como un pájaro, te espera un gran porvenir.

—Sí, ya sé... arruinar a los bobos que creen en tus embustes.

—Alguna vez caerá un pez gordo, y entonces, que trabaje Rita, no tú, sino la otra Rita, la del refrán...

Como se ve, Rita era cómplice de Hadrian, y, como él, corría la misma suerte de los aventureros, siempre amenazados por el dedo implacable de la Ley.

Contrastando con las optimistas palabras de Hadrian, resonó, como mala señal, una enérgica llamada a la puerta, en el interior del gabinete del espiritista.

Con grandes precauciones, éste abrió li-

geramente dicha puerta, y vió ante sí una figura desconocida.

—¿Qué deseaba el señor?—preguntó humildemente.

El visitante siguió adelante, sin contestar, como Pedro por su casa, y una vez dentro del gabinete privado, y ante el espiritista y su secretaria, se expresó del modo siguiente, ceñudo, como buen policía, pues se trataba de un agente de la secreta:

—Si no se halla usted fuera de la localidad a media noche, pasaremos a saludarle, con una orden de detención. A los muertos hay que dejarles vivir en paz.

Hadrian palideció. No es que no estuviese acostumbrado a estas lisonjas de la policía; pero él aspiraba a que lo dejaran en paz, y no lo conseguía.

Así, pues, se resignó a acatar la indicación que se le hacía; pero Rita, saliendo en defensa de los intereses de quien la pagaba, se acercó al agente, se le acercó mucho, se le insinuó no poco, aunque con ánimo de no concederle ni un beso, y se esforzó en arrancarle la retractación de lo que acababa de decir.

El agente no era necio, y, apartando a Rita, le objetó:

—Déjese de imitar a Cleopatra. Yo no soy ni Marco, ni Antonio, sino Zacarías, soltero, por afición.

Y luego, al abrir la puerta para desaparecer del gabinete:

—Líen sus maletas y márchense inmediatamente. Es un buen consejo.

Al quedar a solas, Hadrian y su secretaria cambiaron significativas miradas. ¡Qué contrariedad! ¡Ahora que el médium empezaba a tener buena clientela que asistía a todas sus sesiones, recaudándose una buena cantidad de dólares!...

—¿Hacia qué parte iremos ahora?—preguntó Rita, pensando en lo dolorosa que sería para ella la definitiva separación de Bob.

Hadrian se encogió de hombros, extendió un mapa sobre la mesa de trabajo, y, a ciegas, señaló con el dedo el sitio elegido por el azar y que distaba muchos kilómetros de allí.

¿Qué les reservaría en el nuevo lugar. el destino... o la policía?

\* \* \*

Apenas llegado al nuevo centro de sus manejos de faquir de trampa y cartón, Hadrian recibió la visita de un joven que estaba muy interesado en proponerle un buen asunto.

Hadrian aceptó encantado el "negocio", que le proporcionaría buenos beneficios, y Rita se puso al momento en acción, para secundar los planes del joven aquel y de Hadrian.

Cierto día, el joven presentóse en la morada del espiritista y preguntóle:

—¿Tiene usted ya que comunicarme algo agradable acerca del asunto que le he recomendado?

Sonrió el faquir y respondió:

—Todo sale a pedir de boca, señor Clayton. Rita, mi ayudante, ha logrado emplearse como secretaria en casa de su padre de usted.

—¡Muy acertado! Así esa señorita podrá espiar el menor gesto de mi padre.

En tanto, en su rica mansión, el señor Clayton, padre del joven que se había puesto de acuerdo con el espiritista, hablaba con su notario:

—¿Cumplió usted mis instrucciones?

—Todo está hecho, señor Clayton... Su testamento ha sido modificado de acuerdo con sus deseos. Toda su fortuna pertenecerá a su hijastro.

El señor Clayton no pudo reprimir un movimiento de pena y murmuró:

—Es una amargura para mí desheredar a mi verdadero hijo y legar todo mi caudal a mi hijastro; pero éste es merecedor de tanta estima de mi parte, como de desprecio aquél.

El notario comentó, a guisa de consuelo:

—Tal vez ahora, al comprobar la inquebrantable decisión de usted de que viva por sus propios medios, negándole todo apoyo hasta que se regenere, su hijo reflexionará y volverá al buen camino...

—Ese es mi mayor deseo... Frank es una bala perdida.

—¿Quiere usted firmar, señor Clayton, el testamento modificado?

El buen señor hizo un esfuerzo y firmó. Su hijo Frank estaba desheredado. En modo alguno podía él permitir, a pesar de ser su padre, que el que era indigno de llevar su apellido, disfrutase de su dinero, tirándolo a manos llenas en lugares de perdición.

El documento debía firmarse por un testigo, además del notario, y aquél fué Rita, la nueva secretaria del señor Clayton, de la cual éste se mostraba muy complacido, por lo trabajadora y cariñosa que era.

Y la circunstancia de haber sido llamada de su despacho particular para firmar el testamento, permitió a Rita enterarse de la nueva gravedad que se sumaba al caso de Frank con la pérdida de la herencia.

Al marcharse el notario, el señor Clayton dedicó unas cariñosas palabras a Rita.

—Me interesa profundamente el libro de espiritismo que tuvo usted la gentileza de prestarme.

En efecto, Rita, fingiendo que la gustaba todo lo relacionado con el más allá, dejó un día, encima de la mesita de la máquina de escribir, un libro que trataba de espiritismo, y el señor Clayton, al hojear dicho libro, sintióse acometido de la curiosidad de leerlo, y Rita se apresuró a dejár-

selo, haciéndole grandes alabanzas del mismo.

El señor Clayton leyó y releyó la obra, y tenía un supremo anhelo, el cual expuso aquel día a Rita, diciéndole, a continuación de darle las gracias por haberle prestado el libro.

—Desde que murió mi mujer, he meditado varias veces acerca de la posibilidad de comunicarme con ella... y quisiera probar...

La ocasión la pintan calva, y Rita manifestó al crédulo señor:

—He oído decir que hay en esta ciudad un médium de gran prestigio.. un tal Hadrian... Se cuentan de él maravillas...

—¿Sabe usted dónde vive?

—Ya me enteraré.

El buen señor se tragaba el anzuelo. Cuando Rita saliese, le telefonaría desde cualquier parte, dándole la dirección y diciéndole que aquella noche se celebraba una importante sesión en el gabinete del famoso espiritista, y era seguro que el señor Clayton acudiría deseoso de comunicarse con su difunta esposa.

Para el más completo éxito de su plan Rita rompió el cristal del retrato que de su esposa tenía el señor Clayton encima de su mesa-despacho, y, fingiendo que se había roto solo y que lo acababa de encontrar hecho añicos, dijo a su jefe, con pasmosa naturalidad:

—Se ha roto el cristal del retrato de su

esposa y me lo llevo todo, para hacerle cambiar sobre el mismo marco.

Al salir de casa del señor Clayton, dirigióse Rita a la que habitaba Hadrian, desde donde telefonó a aquél para lo que ya sabemos, y mostró luego al faquir el retrato de la señora que tenía que aparecer aquella noche respondiendo a la llamada del esposo, valiéndose del médium.

—Vamos a hacer resucitar a esta simpática dama—dijo Rita. Y sentóse ante un tocador, para empezar la obra de resurrección.

Esta era más sencilla de lo que parecía. Bastaba que Rita se metamorfoseara, copiando del retrato; y como era hábil en ello, pronto tuvo la apariencia de la difunta, por lo que sería cosa de coser y cantar el dársela con queso al señor Clayton.

Mientras Rita se maquillaba, llegó Frank, el hijo indeseable del señor Clayton. Venía en busca de noticias frescas, temiendo lo peor para él, pues sabía el grado de la indignación de su deudo ante su conducta.

Al ver a Rita compuesta de aquella forma, el recuerdo de su madre pasó por su mente, y al ver el retrato de la misma, inquirió, asombrado:

—¿Por qué está aquí el retrato de mi madre?

Hadrian contestóle, sonriente:

—Esta noche, su padre verá a su idola-

trada esposa y oirá su voz. Muy interesante, ¿no?

—Pero...

Rita intervino:

—Todo saldrá bien, ya lo verá usted... Hace un mes que soy secretaria de su pa-



*...pronto tuvo la apariencia de la difunta...*

dre y estoy al corriente de todo, por lo que puedo contestar a cualquier pregunta.

Frank acabó por sonreír también. ¡Qué listos eran el espiritista y Rita! Además, ésta era muy bonita y quiso mostrarse galante con ella.

—¡Qué lástima que no fuera usted secretaria mucho antes! Una mecanógrafa así me

hubiese retenido en el hogar y no me habrían ocurrido tantas calamidades...

—¡Yo no soy juguete de nadie!

—No lo diga. Es usted un juguete como hay pocos. Y cuando yo se lo digo...

Rita se ponía nerviosa. Los galanteos de Frank la irritaban, pues éste le era soberanamente antipático, por el hecho de ser el promotor del engaño en que iba a caer su padre.

Hadrian notó el nerviosismo de su secretaria y dijo a Frank:

—Será mejor que no distraigamos a Rita. Su caracterización requiere calma y tiempo, y se va haciendo tarde.

Y Frank tuvo que salir del gabinete privado, a regañadientes, pues le hubiese gustado abrazar a sus anchas a aquella gentil *madrecita*...

Aquella noche, la sesión se vió concurrencísima.

El señor Clayton tardaba en llegar y Hadrian se impacientaba.

—¿Crees que vendrá?—preguntó a Rita, que estaba preparada y que era la que accionaba las luces y las sombras y los resortes que ponían en movimiento, sobre las cabezas de los ingenuos clientes, sillas y lenguas de fuego.

—Vendrá, estoy segura.

En efecto, al poco se presentó el señor Clayton, y Hadrian, una vez colmada la

mesa de sus experimentos, se sentó en su centro, con empaque de gran sacerdote.

A la derecha del espiritista se hallaba el señor Clayton, y a la izquierda, una solterona que estaba esperando que un alma, cualquiera, se apiadase de ella y le proporcionase un marido... porque tenía mucho frío en invierno...

Junto a la solterona sentábase un pollito que se parecía más a pollita y que buscaba allí... en la sombra... el diablo sabía qué alma...

Empezó la sesión.

—Vamos a ponernos en comunicación con el mundo espiritual. Coloquen ustedes las manos sobre la mesa—pronunció gravemente el médium.

Se hizo el mayor silencio. La mesa se vió rodeada de pares de manos, unidas entre sí por el contacto de las extremidades superiores de los meñiques.

A poco, después de haber fingido Hadrian que hurgaba, con gran esfuerzo, el más allá, oyósele comunicar a la asistencia, que, en materia de almas, tenía la suya en un hilo:

—Tengo un mensaje para la señorita Emma... Un corazón late por ella y se le declarará en breve. La felicidad está en la espera.

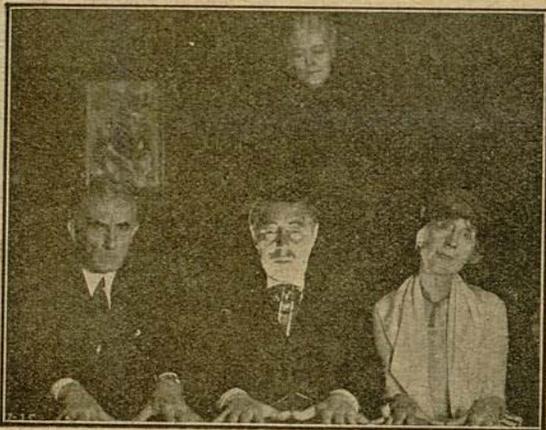
La señorita Emma era la solterona... y ni qué decir tiene que se le puso la piel—no tenía otra cosa, la pobre—de gallina.

Se hizo de nuevo el silencio, y, segundos

después, volvióse a oír la voz del médium.

—Juntemos nuestras manos para comunicarnos con los que ya no son de este mundo.

Se dieron todos las manos, empalmándolas unas a otras fuertemente, como si tuvieran



*...lentamente, gradualmente, su rostro se iluminó...*

que aunar sus fuerzas para resistir una intensa corriente; y esperaron...

De súbito...

—Un espíritu busca a uno de los presentes.

Rita, desde su negro observatorio, escuchaba, y al oír esa frase de Hadrian, se subió a una alta silla, hizo girar un resorte,

y, lentamente, gradualmente, su rostro se iluminó, nada más que su rostro, porque el resto de su cuerpo estaba velado por una túnica negra y, además, se hallaba detrás de unas cortinas, también negras.

La inesperada luz que iluminaba el rostro de la secretaria del farsante en su papel de esposa del señor Clayton, hizo volver el rostro a todos hacia la parte de donde procedía. Pero el rostro no se distinguía bien todavía, como si pugnase por abrirse paso entre las sombras.

Y he aquí que el rostro habló...

—Yo soy el espíritu de Mary Clayton y busco a mi marido John.

El señor Clayton no volvía de su asombro.

—¿Se halla entre nosotros John Clayton?—preguntó el médium, haciéndose el sueco.

—Sí... yo soy—repuso con voz velada por la emoción el interesado.

Y el buen señor, admirado, contemplaba "el alma" de su esposa, cuyo rostro le sonreía con aquella dulzura que tuvo en vida.

Rita, con voz como procedente de la lejanía, rumoreó:

—Mi espíritu está conturbado, John, y no recobraré la calma hasta que rectifiques el gran error que has cometido.

El señor Clayton, entregándose en cuerpo y alma a la mentira, contestó:

—¿Qué he de hacer, Mary? ¡Aconséjame!

—Has perjudicado a nuestro hijo Frank, y no descansaré hasta que lo perdones, aceptándolo de nuevo en casa. Si me amas, así lo harás, John.

Tras esto, el rostro se fué esfumando, como si regresase a la eternidad.

El médium soltó sus manos de las de la solterona y el señor Clayton, y, simulando que había realizado un sobrehumano esfuerzo para resistir el diálogo entre el cliente y el alma que lo buscaba, murmuró:

—Por hoy es bastante... No puedo más...

Los incautos asistentes se fueron retirando, y al quedar solos, el señor Clayton dijo a Hadrian:

—¡Estoy asombrado! Nunca pude creer que tales cosas fueran posibles.

—Ya lo ha visto usted, señor, y celebro que se haya convencido...

—No puede usted imaginarse lo que representa para mí el haber visto y oído a mi mujer. ¡Pero necesito comunicarme de nuevo con ella!

—Lo procuraremos en la próxima sesión.

El éxito había sido formidable. El señor Clayton haría cuanto le ordenase, desde lo alto... lo alto de una silla, su mujer... la avispada Rita.

\* \* \*

Consecuente con la promesa que había hecho *in mente* a su esposa, el señor Clayton llamó a Frank a su casa, para hablarle de un asunto muy importante, y cuando el ingrato se presentó ante él, le dijo:

—He decidido que sigas viviendo aquí. conmigo, y confío en que esta nueva oportunidad que te doy te hará ser un hombre de bien como yo quiero que seas.

Frank, fingiéndose arrepentido, repuso:

—Sí, papá... Me enmendaré... para que no vuelvas a tener queja de mí...

—Es por tu bien que te riño, hijo mío... y por tu bien deseo que seas un buen hijo...

—Sí, papá...

—Tu hermanastro llegará mañana, y es mi afán que en adelante os llevéis mejor que antes.

—Acataré tu indicación. Al fin y al cabo, él y yo somos hermanos.

—¡Así me gusta que hables, Frank!

Un poco después, Frank se reunía con Rita en el despacho particular de ésta, y le decía, más alegre que un cascabel:

—¡Se ha tragado el anzuelo como un chiquillo! Ahora no falta sino que vuelva a incluirme en el testamento.

—Todo llegará, no lo dude. Los próximos pasos que daremos serán tan acertados como el primero, no le quepa la menor duda.

Frank, animado, dejó que sus manos se desmandasen, buscando rincones ocultos de Rita, pero ésta, muy digna, le espetó:

—Las manos, quietas. Vuelvo a repetirle que yo no soy juguete de nadie.

—No sea tan arisca, mujer. ¡Con lo bonita que es usted y las ganitas que tengo yo de disfrutar de esta corta vida!

—No se moleste en venir a verme, porque pierde el tiempo. Yo no quiero tener el menor trato con usted en terreno particular. Conque... ya lo sabe...

—Bien, mujer... no se enfade usted... El tiempo se encargará de convertirnos en buenos amigos... ya verá usted...

Aquella tarde llegó el hijastro del señor Clayton... y Rita no podía ni remotamente figurarse que aquél era nada menos que Bob, su flirt de la estación veraniega de Crotona.

Bob, siempre jovial, siempre optimista, se disponía a emprender negocios por su cuenta y tenía precisión de ver a su padrastro.

El señor Clayton le recibió cariñosamente, y le hizo reconciliarse con Frank, diciéndole, a propósito del mismo:

—Frank ha reconocido que su dicha está a nuestro lado y ha vuelto al hogar, dispuesto a hacernos olvidar el pasado.

Los dos hermanos se dieron la mano, con el corazón Bob y fingiendo lo mismo Frank, cuyos sentimientos eran perversos; y el padre sonrió, mirando a las alturas, como si

le dijera a Mary, su esposa: "Esposa mía, tus consejos dan buenos resultados. Todos seremos muy felices."

Un poco después, Bob, al pasar junto a la puerta, abierta, del despacho de Rita, vió a ésta y, asombrado, fué a su encuentro.

—¿Qué hace usted aquí, Rita?

Esta, acostumbrada a fingir, reaccionó vivamente de su turbación, y, alegre, dichosa al volver a ver al hombre que había sabido llegar hasta su corazón virgen, le respondió mintiendo, claro está:

—Mi padre perdió todo su dinero en una desgraciada operación... y he de trabajar para vivir.

—¡Qué casualidad encontrarla a usted aquí!

—La providencia se mostró generosa conmigo al proporcionarme, en esta casa, donde vivo y soy feliz, el empleo de secretaria del señor Clayton.

—¡Qué alegría, Rita! Nos veremos, durante algún tiempo, a todas horas. El señor Clayton es mi padrastro.

—¡Su padrastro!...

Un secreto pesar inundó el alma de Rita. ¡Cómo! ¡Bob era el hijastro del señor Clayton! No podía sospecharlo. Si hubiese leído el testamento, se habría enterado de que el heredero universal del buen señor era el mismo Bob que ella conociera un mes antes, pero se limitó a firmar.

¿Cómo podría perjudicar a Bob en favor del antipático Frank?

Acababa de surgir ante ella un cruel dilema.

¿Qué haría?

\* \* \*

En los días que siguieron, Bob vió raramente a Rita... y no sabía explicarse por qué ella le rehuía.

Hasta que, cierta mañana, encontrándola en el jardín, la detuvo, y, mirándola frente a frente, le dijo:

—Observo algo extraño en su conducta para conmigo, Rita. ¿Le he dado, acaso, inconscientemente, motivo de enojo?...

—No... no es eso, Bob...

El la condujo a un banco de piedra, y siguió hablándole:

—¿No sabe usted que la amo y que es usted lo que más me importa en el mundo?

—¿Está usted seguro de conocerme lo bastante para hablar así?

—Me ha bastado mirarme en sus ojos para decirme que mi voluntad se ha fundido en la suya para siempre. ¡Tú, sólo tú, Rita!

Ella no pudo resistirse... y sus labios supieron de la delicia del primer beso.

Inmensamente feliz, Bob le ofreció una preciosa sortija que adornó hasta entonces una de sus manos.

—Este anillo ha pasado de una genera-

ción a otra en mi familia y significa para mí mucho más que cualquier valiosa joya que pudiera comprarte.

Rita, agradeciendo en el alma aquel gran amor, aceptó la joya, pero, temerosa de que alguien perjudicase su mutuo cariño, impuso una condición:



—Este anillo ha pasado de una generación a otra en mi familia...

—Me parece prudente guardar el secreto de nuestras relaciones durante algún tiempo.

Pero Frank, que había salido en aquel momento para alejarse con su coche, rumbo a los sitios de vicio que solía frecuentar.

vió cómo los dos jóvenes se besaban y sus labios dibujaron una mueca de odio.

Más animado a emprender los negocios que había ideado, después de tener la seguridad del amor de Rita, Bob fué al encuentro de su padrastro y le expuso sus planes, terminando de esta suerte:

—El negocio que le propongo es de los más firmes. Si me presta el dinero, en un mes doblo la cantidad.

Pero el señor Clayton se limitó a responder:

—Me reservo el contestarte hasta que haya hecho ciertas consultas sobre tu petición.

Bob frunció el ceño. Aquello equivalía a desconfianza. Era la primera vez que su padrastro no procedía de acuerdo con su parecer. Y como estaba enterado por él mismo de que la causa de haber aceptado de nuevo a Frank en el hogar, era debida a la conversación que celebró con el espíritu de Mary la dulce esposa, en el gabinete del médium Hadrian, al que tenía en gran estima desde entonces, considerándole como su consejero, el digno joven dijo a su padrastro:

—¿Se refiere usted a Hadrian? ¿Qué absurda influencia ejerce sobre usted ese impostor para que tenga que consultarle sus más íntimos asuntos?

—Los consejos de ese hombre han sido

muy valiosos para mí... y quiero consultarle lo que te reserva a ti el porvenir.

Bob protestó contra aquella estupidez incomprendible en un hombre sensato, y exclamó:

—¡Rehusó su ayuda en estas condiciones, y ya veré cómo consigo ese dinero que le pedía!

En aquellos momentos, en casa de Hadrian, la conversación era mucho más *material* que *espiritual*.

Hadrian decía a Frank, que había ido a visitarle:

—¿Cuándo me traerá usted más dinero? Frank, preocupado, repuso:

—Le aseguro a usted que hasta ahora son insignificantes las cantidades que he podido conseguir de mi padre.

Hadrian adoptó hostil actitud, deseoso de cobrar lo que se le debía.

—Compóngaselas como pueda... pero tráigame el dinero convenido... ¡Yo no trabajo por amor al arte, amiguito!

—Desde luego... Pero, ¿de dónde quiere usted que saque esos cinco mil dólares?

Dispuesto a todo por ganar dinero, Hadrian, que sabía, por habérselo oído decir a Rita, que en la caja fuerte del señor Clayton había mucho dinero, aconsejó a Frank malévolamente.

—Tal vez, sin muchas dificultades, pueda usted hallarlos en cierta caja...

—¡Cómo!... ¿Me propone usted?...

—No se alarme. Ardides del juego son... Y para que alguien le secunde en la *operación*, he llamado aquí, por teléfono, a un sujeto *de confianza*.

Rita se había personado en casa de Hadrian, y mientras los dos hombres seguían discutiendo el asunto que a ambos interesaba resolver rápidamente, recogió sus cosillas del tocador, y despidióse del faquir, interrumpiendo su plática con Frank.

—Tus negocios ya no me interesan más y me marcho.

—¿Qué dices, Rita? ¿Por qué te vas?

Frank sospechó la verdad, y, furioso comprendiendo que Rita podía desbaratar sus planes, exclamó:

—Le deja a usted, Hadrian, para dedicarse, por cuenta propia, a embaucar a mi hermanastro.

Rita respondió, enérgica, bravía:

—Amo honradamente a Bob y deseo ser digna de él, cambiando de vida.

Frank recurrió entonces a la amenaza:

—Si usted abandona a Hadrian, precisamente cuando mi padre está predispuerto a ceder a cuanto queramos, yo me encargo de desenmascararla ante Bob.

Pero no surtió efecto su amenaza, porque Rita, con aplomo admirable, acobardó a los dos hombres, diciéndoles:

—Ni usted ni Hadrian harán eso. La par-

te de culpa que a mi me alcanza, es ínfima comparada con la de ustedes. Y si yo hablaste...

Inútil decir que ante aquellas palabras la dejaron salir libremente, abrigando la esperanza de que al menos no se opondría a que ellos siguieran engañando al viejo, para sa-



...para dedicarse, por cuenta propia, a embaucar a mi hermanastro.

carle dinero... hasta que Hadrian, como ella sabía de sobra, levantase el vuelo, plantando a todos una vez reunido algún fajo de billetes.

Al salir de la casa del faquir encontróse Rita en el hall con Pete, un sujeto que se dedicaba a ciertos trabajos fuera de la ley.

—Adiós, Pete. Esto se acabó para mí.

—Vaya, que te pongas buena, si te vas a respirar aires más frescos. Pero, oye, ¿qué trabajito quiere encomendarme el viejo?

—No lo sé...

No sospechaba Rita que Pete debía ir aquella noche con Frank a robar la caja de caudales del señor Clayton, porque, de haberlo sospechado, hubiese impedido el golpe.

Y éste se realizó a las doce en punto de la noche; pero Bob oyó un rumor sospechoso en el despacho de su padre, y al acudir, Pete huyó por una ventana y Frank, no siendo reconocido por su hermanastro, logró derribar a éste de un formidable golpe en la cabeza.

Acudieron luego el señor Clayton, un criado y Rita, quien, al ver en el suelo a Bob, le hizo incorporarse con ternura de enamorada.

Antes de que se recobrara su hermanastro, Frank, aprovechando la ocasión de desprestigiarlo a los ojos del señor Clayton, lo acusó de plano, aunque dando un rodeo a la acusación.

—Me disponía a acostarme, cuando percibí un rumor extraño procedente de esta habitación... y después de derribar, de un fuerte golpe, al hombre que me encontré aquí, en la sombra, vi que era Bob.

El señor Clayton vio la caja de caudales abierta y recordó las palabras de su hijas-

tro cuando le dijo que él conseguiría el dinero que necesitaba, por otros medios.

—¡Ah! ¿Era eso lo que querías decir al afirmar que tendrías el dinero por otro conducto?

Bob se irguió con toda su dignidad ofendida y replicó:



...vi que era Bob.

—La prueba de desconfianza que acaba usted de darme, me obliga a abandonar esta casa.

Rita, quedamente, le murmuró:

—Yo sé que tú no hiciste esto, Bob.

Y éste le respondió, para que fuera a verle:

—Me voy a vivir al club, hasta que este asunto se aclare.

\* \* \*

Rita estaba resuelta a todo por restablecer la inocencia de Bob.

Sabía que el señor Clayton quería, ahora, desheredar a Bob, para testar en favor de Frank, y no podía tolerar semejante error.

Habló con Bob en el club, convenciéndole de que asistiese a la reunión de aquella noche en el gabinete de espiritismo del profesor Hadrian, porque el señor Clayton y Frank asistirían a la misma; y, fingiendo haberse arrepentido de su marcha, volvió a presentarse ante Hadrian, manifestándole que no podía dejar fácilmente una cosa segura por otra insegura, como era, probablemente, el cariño de Bob.

Hadrian no sospechó las intenciones de su secretaria, y durante la sesión espiritista, cuando Hadrian invocaba el espíritu de Mary, la esposa del señor Clayton, apareció el rostro iluminado de Rita, transformada en la difunta, como otras veces.

Bob no podía dar fe a lo que veía, y se preguntaba si era posible que los muertos reapareciesen con sólo invitarles a acudir a un sitio determinado.

Mas, de pronto, se iluminó la estancia... y se descubrió todo el pastel. ¡Todo era una impostura! Mary era una mujer que la su-

plantaba, el faquir un embustero, un vividor; y llovieron imprecaciones sobre él, y Bob amenazó con entregarlo a la policía, no sospechando que Rita era la secretaria del estafador.

Hadrian comprendió la traición de Rita, y cuando quedaron a solas, le echó en cara el haberle hecho perder un gran negocio.

Bob había reconocido a Rita al acercarse a ella, y ni qué decir tiene que la despreció, renunciando a ella para siempre.

Y mientras Bob hablaba con el señor Clayton y Frank, revelándoles que Rita era la cómplice del impostor, éste ardía en deseos de venganza, para hacerle pagar cara su traición.

Y el rumor de la disputa atrajo, alarmados, al señor Clayton, Frank y Bob, éste en primer lugar.

Al hacer irrupción en el gabinete privado, todos, con Bob a la cabeza, vieron la brutalidad con que Hadrian trataba a Rita, y oyeron las siguientes palabras, que pusieron al corriente de todo al señor Clayton y a Bob.

—¡Comprendo tu juego, maldita! ¡Para salvarte tú, demostrando a tu enamorado Bob tu rehabilitación, no has vacilado en perderme a mí!

—¡Estaba ya cansada de esta vida, y no podía tolerar ciertas cosas! ¡Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir, por abusar!

El puño de Hadrian iba a descargarse en

el rostro de Rita, pero Bob lo impidió, acudiendo en auxilio de la amada mujer, a quien, después de oír su confesión, perdonaba con el alma.

Derribó de un empujón a Hadrian, después de castigarle duramente, y abrazando a Rita, murmuró:

—¿Es cierto que has hecho eso por mí, Rita?

—Sí, Bob... por ti... y por mí... Yo quiero ser buena...

El señor Clayton contemplaba sorprendido la escena, y su asombro no es para descrito, al oír que Rita decía, señalando a Frank:

—Y aquí está el culpable de la comedia que hemos representado.

Y añadió, dirigiéndose a Hadrian:

—Hadrian, confiesa por qué llamaste aquí a Pete, el "amigo" de las cajas de caudales.

El médium no podía ni con su alma, y, para que lo dejaran en paz, confesó la verdad:

—Pete ayudó a su hijo Frank, señor Clayton, a robar la caja fuerte de su casa.

Y triunfó la verdad... Bob casó con Rita, Frank se perdió por el mundo, y Hadrian huyó con sus mentiras a otra parte... seguramente a la cárcel, que era donde tenía que ir a parar... porque tanto va el cántaro a la fuente...